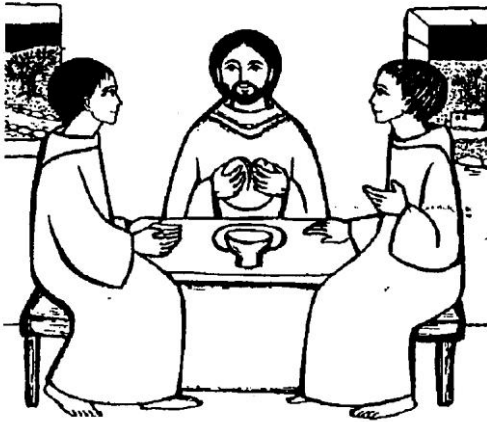


MARTES 9



La cena ha sido sencilla y llena de generosidad, tanto en los gestos como en la palabra que nos han servido de base para la comunicación. Los cuatro hemos estado muy contentos. Hacía tiempo que no nos veíamos, años. Pero no parecía que hiciese tanto. El repaso que hemos hecho a nuestras vidas ha sido muy importante. Sara lleva ya años divorciada. Divorciada a la fuerza, pues el marido del que estaba profundamente enamorada la abandonó. María José y Félix son un matrimonio sin hijos, trabajadores y sencillos. La amistad nos unió hace años, y de vez en cuando, ya más tarde que pronto, nos encontramos para dialogar y para repasar la vida. Nos ha ayudado mucho, como siempre, la sinceridad, El encuentro viene a resultar como una terapia humana.

Ellos son creyentes, pero están alejados de la vida oficial de la Iglesia. Siempre me impresionan estos hermanos que pueden pasar olímpicamente de la Iglesia. Es uno de mis grandes amores. ¡La Iglesia! Pecadora. Cuánto no conocerá un cura viejo como yo de su Iglesia, de los miembros clérigos y laicos de su Iglesia. Pero es la Iglesia, el cuerpo del Señor, el camino para el encuentro diario con el Señor. Encuentro que se produce en las fragilidades, en los pecados y en la santidad de sus hijos, en sus sacramentos, en tantos encuentros, en tantos trabajos sencillos pero que son expresión de un amor entrañable, el de Dios, que sentimos muy dentro. Pero ellos, mis amigos queridos, que han participado como yo en otros momentos de la Iglesia, ahora no la necesitan, se escandalizan de ella, pasan de ella.

Los amigos

He montado en el coche. Atraído por Ti, comienzo a perforar. Me he sentido muy feliz por todo lo que he vivido. En seguida me coloco en tu presencia para darte gracias. Y Tú me llevas al huerto del por qué estos amigos andan tan tranquilos fuera de la Iglesia. No tengo palabras que decirte, lo sabes. Sólo me siento invitado a dar y a dar testimonio. Comprendo su postura, pues hay que tener sentido para tragar tanto como hay que tragar cada día en las relaciones intraeclesiales, y hay que tener una fe especial para encontrar ese sentido que nos hace perseverar y trabajar en el interior de la vida edesial. «La Iglesia, me vienes a decir, necesita mucha purificación para que vuelva a entusiasmar a los seres humanos. Vosotros tenéis que llevar a cabo esa tarea». Me guardo la responsabilidad en el bolsillo y te ataco un poco, diciendo que tienes que ser Tú quien ponga más empeño del que hemos visto a lo largo de los siglos. Pero aminoro el gatillo que me sale. ¿Quién eres tú? Soy, por la gracia, hijo tuyo. Me consuelas más de lo que merezco. Y yo me vuelvo a salir con la póliza de responsabilidad debajo del brazo. Hemos de implicarnos positivamente en el servicio eclesial, y hemos de hacerlo con gozo y alegría. Es un reto grande, pero es maravilloso que cuentes conmigo para estas aventuras. ¡Gracias!